

mientos de gran poder persuasor. Más que usar el poder persuasivo de Virgilio, la presencia del poeta romano en Agustín es la presencia de haber sido persuadido por él de alguna manera, a veces profunda y duradera. Por supuesto, comparado con la influencia de la Sagrada Escritura, la de Virgilio sobre San Agustín, es una gota en el mar. Cuando lo cruzó para regresar a África, el texto sagrado judeo-cristiano se puso de forma definitiva y absoluta en primera línea, pero la influencia del poeta romano siguió presente aún en contra del sentimiento cristiano de Agustín.

A. de Silva

Ramsay MacMullen, *Christianity & Paganism in the Fourth to Eighth Centuries*, Yale University Press, New Haven-Londres 1999, 282 pp.

La transición del paganismo al cristianismo no ocurrió de la noche a la mañana, ni aconteció en dulce y suave persuasión facilitada por una creencia pagana ya débil y agonizante, incapaz de resistir la verdad evangélica, sino que ocurrió con la protección y persecución del gobierno imperial romano y en una persistente influencia de los dioses antiguos y de las prácticas religiosas tradicionales. Estas tesis fundamentales de MacMullen no han sido del todo desconocidas pero su prodigiosa erudición las deja ver con mayor fuerza aunque sean susceptibles de una interpretación más refinada. De cualquier modo la complejidad de la historia en esos cuatro siglos tiene considerable interés para el creyente moderno.

A principios del siglo XX Chesterton, por ejemplo, veía a los discípulos de Cristo triunfando no sobre un paganismo enfermizo y moribundo sino sobre una religiosidad vibrante y llena de vitalidad. En piadosos oídos cristianos, el mismo término «pagano» suena a algo rápido e inconsistente, pero no hay duda de que el paganismo era una religión completa y

antigua, con fieles, creencias, deberes de piedad religiosa, tradiciones de muchos siglos y todas profundamente arraigadas en la vida familiar y social. La presión religiosa por parte cristiana, desafortunadamente, tampoco es desconocida, y esta obra la documenta con una pasión un tanto violenta y quizá excesiva.

El primer capítulo, titulado «Persecución», describe el empeño cristiano de eliminar el paganismo de una vez por todas. En el tercer milenio de la Iglesia no puede extrañar ni escandalizar a nadie que MacMullen hable de persecución contra los paganos. El aumento de oficiales cristianos, eran ya mayoría hacia los años 360-370, facilitó a mediados del siglo V que el poder imperial se convirtiera en instrumento de una «persecución» [sic] que hizo más conversos que mártires pues fuera del judaísmo y cristianismo ninguna creencia religiosa antigua contempló en serio el martirio. Pero el paganismo probó ser «algo de gran resistencia» y aun cuando no quedaban espacios religiosos para los dioses de antaño ni más templos en pie, persistió como culto privado (exactamente como algunos creyentes japoneses mucho después mantendrían la fe cristiana). Lo que para los cristianos era mera superstición, para los paganos era más que una creencia dada la estrecha conexión entre lo sagrado y lo profano; los dioses del campo, por ejemplo, no eran algo abstracto sino unido de manera vital al interés por cultivar bien. La misma noción de *pietas* es pagana. Todo tipo de necesidades humanas ordinarias eran satisfechas por la religión tradicional pagana. Con todo, la expansión cristiana contribuyó a cierto desprestigio de la misma institución cristiana.

El capítulo titulado «Asimilación» no es menos interesante. Muchas costumbres y modos de conducta paganos se metieron como por ósmosis en el estilo cristiano. (No hay aquí lugar de entrar en la cuestión del cristianismo «puro»). Ni es pequeña curiosidad el que muchas cosas que para muchos creyentes

parecen «absolutamente» cristianas y tradicionales, no son en su más remoto origen sino modos de hacer paganos que, o bien los cristianos tomaron de ellos mientras buscaban modos de expresar su fe, o bien no pudieron suprimir por completo. A veces, aun con la evidencia que tenemos, no es fácil decir una u otra cosa. Fiestas nocturnas, velas, flores, procesiones públicas, incienso, etc. se encontrarían en esta categoría, como también el culto a la inmortalidad. Hoy sabemos que el culto cristiano de los muertos (mártires) asimila ritos paganos, sublimándolos. «Que no se destruyan los santuarios sino sólo los ídolos» escribía San Gregorio, de modo que los nuevos conversos pudieran seguir yendo al lugar acostumbrado donde veneraron todo tipo de dioses sus antepasados. En el siglo VIII hay obispos que condenan procesiones con estatuas de santos, y no hay duda de que, hasta que se hicieron presencia familiar, difícilmente pudo evitar toda sospecha la veneración de las imágenes cristianas. MacMullen rechaza la coexistencia de dos sistemas de creencia religiosa, uno para el pueblo, con los restos paganos imposibles de borrar, y otro para clérigos y cristianos «ilustrados», por así decirlo. Hay más bien todo un espectro en la influencia pagana sobre el cristianismo.

Todo esto es de gran interés no sólo histórico sino religioso. «Probadlo todo», decía el apóstol Pablo. Y luego Agustín y el mismo Jerónimo explicarían al gran mensajero de la buena Nueva asegurando que «no somos cristianos al nacer». Junto a la pureza doctrinal del cristianismo, existe toda una gama de religiosidad que los cristianos han tomado de otros creyentes, por la sencilla razón que los paganos no eran no-creyentes o ateos. Sus costumbres religiosas paganas satisfacían necesidades humanas que siguen presentes en nuestro tiempo sin disminución de la urgencia. La documentación de MacMullen es indisputable pero mi explicación no es que el cristianismo fuera incapaz de mantenerse libre de toda esa influencia pagana, o que sucumbiera a ella ha-

ciéndose un cristianismo «impuro», «menos cristiano» que en sus comienzos al ser manchado por fuerzas exteriores. Por otra parte, la superstición, como decía Newman, está más cercana a la religión verdadera que el seco agnosticismo, es decir, es más humana y satisface necesidades profundas. No quiero decir que toda esa variedad de expresión religiosa sea superstición, por supuesto, sino que la pureza y belleza del cristianismo en su esencia original (la Buena Nueva) no fuera tan extraordinaria y tan al margen de este mundo, que no tuviera más remedio, si deseaba sobrevivir entre hombres y mujeres (y niños) de carne y hueso, que aceptar modos de expresar la religiosidad profundamente enraizados en la tierra, en el espíritu humano, o mejor, en la carne de la humanidad. Lo hizo a menudo aceptando prácticas y comportamientos que aun transformados (o bautizados) parecen casi superstición, sobre todo cuando se piensa en la asombrosa desmitologización que son los relatos evangélicos. En cualquier explicación de la piedad cristiana, el buen apologeta que llevamos dentro sabe distinguir entre lo que es esencial y lo accidental.

Desde que el mundo es moderno, muchos cristianos han detectado esa influencia «pagana» y han hecho a veces cierta burla de ella, como si se tratara de gusanos en la fruta cristiana. Algunos temperamentos o algunas épocas de la vida (como también la diferente actitud religiosa de los paganos) verán en esta historia fascinante de influencia pagana una manera de entender «prácticas» religiosas que hoy parecen absolutamente cristianas pero que nacieron en otra cuna. No cristiana pero sí humana. Jesús de Nazaret no vino a destruir sino a salvar. Y este libro prueba con gran eficacia que «el triunfo de la iglesia no fue uno de obliteración sino de un gran abrazo y asimilación» (p. 159). La pureza de lo que es la esencia del cristianismo sólo se halla en las incandescencias del amor trinitario. Así es, pero no hay modo humano de evitar la señal de la Cruz cuando el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu San-

to son invocados por una persona con cabeza, corazón y brazos.

A. de Silva

RIUS I CAMPS, Josep (ed.), *Orígenes. Tractat dels principis*, introducció, text revisat, traducció i notes de _____, Fundació Bernat Metge («Col.lecció dels Clàssics Grecs i Llatins», 309-310), Barcelona 1998, 2 vols., 280 + 216 pp.

La prestigiosa Fundación Bernat Metge nos ofrece esta cuidada edición bilingüe, latín-catalán, del tratado «*De principiis*» de Orígenes, realizada por el profesor Rius-Camps, buen conocedor de la obra del genial alejandrino.

En la introducción, el prof. Rius-Camps nos presenta la figura de Orígenes, revalorizada por la moderna investigación patristica, que ha conseguido apartar sombras de prejuicios históricos depositados contra la persona y las obras del Alejandrino. Se presenta inicialmente un perfil biográfico de la personalidad de Orígenes con interesantes anotaciones sobre cada una de sus obras. A continuación se nos ofrece un estudio sobre el PERI ARCHON origeniano. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros el texto griego de Orígenes, de tal manera que los editores de esta obra han de servirse de traducciones y de extractos más o menos amplios. El texto base será la traducción latina de Rufino de Aquileya, que está presente en 34 manuscritos, de los cuales Koestschau utilizará siete para su edición crítica, mientras que Görgemanns coleccionará ocho. De la traducción de Jerónimo sólo se puede contar con algunos extractos, publicados en la edición crítica de Hilberg. También tiene en cuenta el editor las veinticuatro citas de esta obra que aparecen en la *Carta a Menas* de Justiniano. Un valor singular tendrá también la recensión que hace Focio en su *Biblioteca*, sobre todo para la reconstrucción del texto original.

El autor de la presente edición se ha beneficiado de las ediciones críticas publicadas anteriormente del *De principiis*, pero a la vez, hay que apreciar también el notable esfuerzo de reconstrucción, que han supuesto sus estudios sobre este tema, que han cristalizado en trabajos como *El Peri Archon d'Orígenes. Radiografía del primer tractat de teologia dogmàtico-sapiencial* (1985), y *Los diversos estratos redaccionales del Peri Archon de Orígenes* (1987), entre otros. Según la hipótesis del prof. Rius-Camps la obra de Orígenes está organizada desde un punto de vista formal en tres ciclos, en cada uno de los cuales se desarrollan con metodología diversa los tres principios fundamentales: Dios, seres racionales y mundo. Cada uno de estos ciclos podría representar la enseñanza magisterial impartida en un curso académico. El primer ciclo tendría un carácter dogmático, estaría realizado con una metodología dogmática, interpretando la Escritura con la ayuda de la razón, y estaría dirigido contra los gnósticos. El segundo lo habría dedicado a hacer una exposición de los tres principios fundamentales con una metodología sapiencial, es decir, por la mente iluminada por el Espíritu Santo. Esta segunda exposición tendrá dos características: una cuestión de la incorporeidad de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo y de los seres racionales, y otra la profundización en las cuestiones no manifiestamente transmitidas en la predicación eclesial. Un complemento de los dos estratos anteriores estaría también motivado por su discusión con los gnósticos y en defensa del libre albedrío y lo compondrían trece cuestiones abiertas (un género literario similar al de las *Quaestiones disputatae*). El tercer ciclo es de índole filosófica y se trataría de la última edición del *Peri Archon* en donde el Alejandrino está preocupado por el tema de incorporeidad. Estos tres ciclos y cuatro estratos se ofrecen al lector en un cuadro gráfico (pp. 51-53).

La presente edición, aunque sigue en líneas generales la traducción de Rufino, presen-